

Se fueron como si hubiera una guerra, como una estampida. Dejaron bolsas rebasadas de poleras, jeans, chaquetas, zapatos, plumones. Dejaron cajas con libros, carpetas, papeles. Dejaron otras con champús, peinetas, cremas...

La tercera semana de marzo, cuando las universidades dieron paso a las vacaciones de primavera, la mayoría de los estudiantes en mi edificio se fue, sin señas de volver. Por primera vez en nueve meses viviendo aquí, la lavandería estaba vacía, silenciosa. El contenedor de la ropa olvidada estaba ahora rebosante de donaciones: era lo que no entraba en las maletas de los que escaparon de Nueva York después de que el 11 de marzo la OMS declarara al coronavirus una pandemia y algunas residencias estudiantiles del Upper West Side evacuaran a sus alumnos.

—¿Te quedas? —preguntó un trabajador del edificio cuando vio que la ropa que llevaba en mi canastillo a la lavandería era para lavar, no para regalar.

—Me quedo.

—¿Cómo te ha cambiado la vida?

—preguntó días después, por Skype, la periodista de un canal de televisión para una nota sobre la situación de los estudiantes extranjeros de posgrado.

Hasta ese momento no había pensado en eso, así que fue difícil responder. En lo cotidiano, ya no caminaba por las mañanas a la universidad. Tampoco pasaba el día con mis compañeros, ni acordaba con ellos dónde comer o tomar una copa de vino al acabar la tarde. Las clases pasarían a formato *online* hasta acabar el semestre. Mi vida en Nueva York había quedado reducida a la "suite", como llamábamos a un cuarto en el segundo piso de un edificio antiguo, de cara al río Hudson, entre Broadway y Riverside Park. Un departamento que, hasta antes de la fuga, compartía con otros estudiantes, y al que unos días antes los conserjes se habían metido para limpiar manillas con paños con alcohol.

Todo eso había cambiado, pero respondí más corto a la periodista.

—Ya no salgo.

—¿Y por qué no sales?

—Porque no hay que salir.

La respuesta parecía obvia, pero no para ella. Tampoco para otros que han preguntado por mis 60 días de encierro voluntario en Nueva York, quizá la ciudad más fascinante del mundo, y a la que no he visto desde esa mañana del 20 de marzo en que caminé por Broadway desde Morningside Heights, cerca de Harlem, donde vivo, hasta el hotel de Graciela, una amiga chilena, en el barrio de Chelsea. Ella había llegado a Nueva York un sábado y se había devuelto el domingo, asustada por el anuncio del cierre de frontera.

Acepté retirar los encargos de Amazon que debían llegar a nombre de Graciela días después de su huida. Era una buena excusa para ver cómo la ciudad se recogía.

Como no tenía mascarilla, agotadas en internet, decidí evitar el metro y hacer el recorrido, de poco más de dos horas, a pie. Lo único que tenía para cubrirme la boca era una máscara blanca que guardaba de *Sleep No More*, un espectáculo *off Broadway* de teatro inmersivo basado en *Macbeth*. Hasta ese momento había visto gente que hasta usaba el plástico de esos garrafones de agua como protección, así que no sería tan raro usar la máscara con aspecto de pájaro de un *show* en una ciudad de *shows*. De hecho, muchos en las calles ni siquiera usaban protección.

El primer lugar que vi con mascarillas a la venta era una farmacia de la Octava, cerca del Carnegie Hall. La puerta estaba cerrada. Una mujer apareció de la nada, dio vuelta a una llave e invitó a pasar. No sé qué cara vio, porque me llamó con el mano para que entrara. "Ven —dijo—. No pasa nada". Compré la Gerson 1730, que parecía la copa de un sostén con correas elásticas amarillas, por 10 dólares (más tarde supe que la caja de veinte costaba 20 dólares cuando había *stock* en Amazon). "Es la que usan los médicos —dijo la vendedora—. Puedes subir al metro y hacer vida normal".

"Normal". Seguí el rumbo, mientras veía a la ciudad apagarse: unos cargaban sus autos con maletas; otros acomodaban muebles en camiones de mudanza. Las tiendas bajaban sus persianas metálicas y anunciaban remates de productos. Muchos carteles informaban cierres indefinidos y se disculpaban con la clientela: por precaución, no darían fecha de reapertura. Vi furgones FedEx y Worldwide Center UPS y cajas y paquetes que iban y venían. También vi a muchos que paseaban mascotas, trotaban, sacaban fotos y grababan videos en Times Square junto a un Naked Cowboy que había agregado una mascarilla a su clásico uniforme.

Ya en el hotel, a pesar de las notificaciones, los encargos de Graciela no habían llegado. "Se están demorando mucho", dijo el *conciérge*. "Algunos ya ni los reclaman. Se pierden en la nada".

Esa tarde, en una pizzatón familiar vía Zoom, les conté de mi caminata.

—Impresionante! ¡MUCHA gente dando vueltas en Manhattan! ¡Se siguen a que-



CAMBIOS. Incluso cuando pase la pandemia, las compañías pueden no necesitar que todos sus trabajadores regresen a las oficinas, lo que podría afectar desde el tránsito hasta restaurantes y tiendas.

Una periodista llegada a esta ciudad para estudiar repasa su última caminata por uno de los destinos más atractivos del mundo y sus 60 días de encierro voluntario en el Upper West Side, mientras Nueva York está cada vez más soleada y desesperada por salir. POR Muriel Alarcón Luco, DESDE ESTADOS UNIDOS.



VACÍO. Por estos días, se puede manejar tranquilamente a través de la Quinta Avenida y Times Square.



AVISOS. Los carteles de liquidación por cierre de tiendas hoy abundan.



HOMENAJE. Cerca de un hospital, así agradecen a los trabajadores de la salud.

darse en su casa!

—Incluida tú —dijo una prima. Ese fue el último día que salí.

—Esto no es una despedida. Esto es una emergencia —le dije a Sarah, compañera francesa, cuando nos vimos por última vez en el *hall* de nuestro edificio. Ella partía a vivir el encierro con su pareja a Bélgica. Se iba para no volver. Lloramos sin abrazarnos. Luego siguió intentando cerrar una de sus maletas.

—Esto no es una despedida. Esto es una emergencia —le dije por WhatsApp a Daniel, compañero inglés. Había vuelto a Londres porque el gobierno inglés así lo aconsejó a sus ciudadanos.

—Estaré de regreso y nos iremos a to-



RESGUARDO. No todos los neoyorquinos se han tomado en serio la cuarentena. Ni la mascarilla es de uso masivo.

mar unos tragos al restaurante cerca del lago en Central Park —respondió.

Para la semana de vuelta de las vacaciones de primavera, la cuarta de marzo, Nueva York reunía el 5 por ciento de los casos confirmados del mundo, y se convertía en el epicentro de la pandemia. Sin embargo, no había —nunca ha habido— cuarentena obligatoria. Tampoco sanción si no se usaba mascarilla en la calle. Solo la impondría el gobernador Andrew Cuomo el 15 de abril, invitando a los neoyorquinos días después a grabarse diciendo en 30 segundos por qué era importante usar la mascarilla en público, para aparecer en la campaña oficial de la ciudad.

Cuomo no necesita que Brad Pitt lo interprete. Sabe ser el hombre fuerte del momento. Lanza frases esclarecedoras con facilidad ("Un brote en cualquier lugar es un brote en todas partes", ha dicho). Remata sus anuncios dando pequeños puñetazos a su atril y dice "New York Tough!". Algo así como "Nueva York, fuerte". En redes sociales insiste con mensajes como: "NY quiere que sepas: no estás solo". Y luego interrumpe una conferencia de prensa para mostrarles a todos cómo una doctora le hace el test de coronavirus con un cotonito. "¿Eso es? ¿Eso es? ¿Nada más?", dice Cuomo, mira a la cámara y se responde: "Esto es".

A pesar de los test, la campaña, el estado registra cerca de 30 mil muertes, la mayoría de ellas en la ciudad de Nueva York, y a mi celular llegan SMS pidiendo "trabajadores de la salud con licencia que se acerquen a los centros médicos".

—Estoy en cuarentena obligatoria, siguiendo las indicaciones de Chile", digo a familiares y amigos que me escriben por WhatsApp, preocupados por lo que las noticias muestran de Nueva York.

—¿Pero qué dicen? —le pregunté una vez a mi hermano.

—Que en los hospitales hay camiones con hielo para refrigerar cadáveres.

Era verdad.

La primera pregunta que nos hicieron cuando "volvimos" a clases fue, naturalmente, dónde estábamos. Yo seguía donde mismo: NY. El horario seguía siendo el EST, aunque Sarah —en Bélgica— estuviera seis horas en el futuro, y mi amiga Sangmee —en Corea del Sur—, trece (estudiaba de noche y dormía de día).

El profesor de ciencias, Jonathan, aconsejó que escribiéramos un diario de peste. Lo empecé ese día. Parte así: "El profesor de física nos está dando una disertación acerca del universo. Pero yo no puedo pensar en agujeros negros si lo único que escucho son ambulancias".

El taladro, los martillazos y la máquina triturando el pavimento en el patio interior del edificio, justo bajo mi ventana, habían partido a fines del año pasado. La faena comenzaba puntual a las 9 AM y seguía, sin descanso, hasta las 3 PM. Un día le pregunté, muy amable, al administrador del edificio hasta cuándo durarían. Él respondió, muy amable, "hasta que el trabajo esté hecho".

Si uno vive en Nueva York, tiene que saber que siempre habrá edificios alzándose por todas partes, y también siempre habrá una razón para picar los pavimentos. Días después, el New Yorker dedicó su número a los sonidos de la ciudad en un artículo titulado *Noise New York*. En la portada había un taladro y un tipo agarrándose la cabeza, ilustrados por Richard McGuire, entrevistado principal de esa edición, que contaba que su sonido neoyorquino favorito era la ráfaga hidráulica de aire de los autobuses.

Otros tiempos, en que el tema principal del New Yorker eran los taladros, no un virus, el encierro, la muerte.

Yo no había mirado con detención la obra bajo la ventana. Ni siquiera había recordado los ruidos que por meses me ha-

rían escapar de la pieza apenas partía el día. Eso, hasta que en una clase de escritura la profesora pidió describir algo al azar. Lo que fuera. Y ahí, a poca distancia, estaban la carretilla, la pala, unas tablas, plásticos, todos esos trozos apilados de uno de los muros con los que la máquina trituradora se había empecinado los últimos meses. Recordé el ruido, las veces que me agarré la cabeza con rabia.

Entonces noté cuánto había cambiado Nueva York. No solo se habían callado el taladro y los martillazos. Tampoco escuchaba los bocinazos de los taxis, el zumbido de los helicópteros, a los ciclistas que pasaban con sus parlantes envolviéndolo todo con música, ni a las personas que de la nada se ponían a cantar en la calle.

Solo escuchaba sirenas todo el día.

Hasta que un día escuché otra cosa.

La primera vez pensé que debía subir a la azotea y sumarme: aplaudir, gritar, silbar, saltar y hacer lo que imaginé que hacía esa multitud cuyas ventanas y balcones daban hacia la calle Broadway —no como yo— para celebrar a las 7 de la tarde a los médicos y al personal de salud. Pero cuando lo intenté, supe que la azotea y los espacios comunes estaban clausurados (y supe además que la escala de emergencia terminaba en una puerta, no en el techo).

He escuchado varias veces los homenajes mientras estoy en clases por Zoom. Las primeras veces, los que quedábamos en Nueva York nos mirábamos. No se podía estar ajeno. Pero nos hemos ido acostumbrando. Incluso hoy, dos meses después, cuando los aplausos se mezclan con bocinas, vuvuzelas, caceroleos y hasta ladridos de perro, la vida parece seguir. Las clases de medicina narrativa continúan, con el vitoreo de fondo, mientras escuchamos a los profesores, comentamos las lecturas y hablamos de lo que trata el curso, el cuerpo humano, lo único que no entra en Zoom. Algunos apagan la cámara y la encienden cuatro minutos después: lo que dura el homenaje.

—¿Pero tú estás siempre en casa? —me volvió a preguntar el otro día mi compañero Agustino.

—Siempre. Al menos hasta que pase el *peak* —dije, sin saber si ese momento llegaría alguna vez, si alguien confiable podría confirmarlo o si las cosas pueden ponerse todavía peor.

No es lo que parece cuando algunos hablan de fases, de reaperturas y de nuevas medidas en la ciudad. Como la que se tomó en sitios como Domino Park, en la costa de Brooklyn. Días atrás amaneció con círculos blancos pintados sobre el pasto artificial, espaciados casi dos metros, para recordar a los que quieren tomar sol, hacer pícnic o ejercicio, que no todo está permitido aún.

—¿Pero no has salido?

—No.

Creí que esa sería mi respuesta los primeros días. Que si no dejaba de escuchar ambulancias, debían ser los días críticos. Pero van dos meses y las sirenas no solo siguen: se han diversificado. Largas, cortas, chillonas, agudas, graves, históricas. Todo el día. También escucho tosidos: tos de hombre, de mujer, de joven, de viejo. Tos profunda, larga y dolorosa. Toses, como si más allá de la ventana toda una ciudad completa estuviera enferma.

Días atrás, poco antes de las ocho de la mañana, en la calle un hombre empezó a gritar: "¡iVamos, vamos!! ¡iEstá llegando el verano!!". Con las manos alrededor de la boca, energético, gritaba como si fuera responsable de evacuar un edificio en llamas. "¡iHace calor!! ¡iSalgan de sus casas!!". Nadie le respondió.

Mínutos después, se perdió por Broadway. Seguía gritando. **D**